



UNIVERSIDAD DE LEÓN

Departamento de Filología

Hispánica y Clásica

CUESTA TORRE, María Luzdivina, “El pan y el vino en Enrique, fiyo de doña Oliva”, en Cristina González (ed.), *El olvidado encanto de “Enrique Fi de Oliva. Homenaje a Alan D. Deyermond”*, ed. Cristina González, New York, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 2011, pp. 159-174. ISBN: 978-1-56954-141-8

Capítulo 9

El pan y el vino en la *Historia de Enrique fi de Oliva*¹

María Luzdivina Cuesta Torre
Universidad de León

La comida, sus horarios y usos, los alimentos, los rituales alimenticios y, en fin, todo lo que rodea el acto de comer, no ha sido un tema de estudio habitual entre los investigadores de la literatura castellana medieval. Las publicaciones en torno a la comida conforman un conjunto bibliográfico bien escaso, si se exceptúan los estudios referidos a algunas obras muy concretas, como, por ejemplo, el *Libro de buen amor* (Kane 1932–1933; Gázquez Ortiz 2007; Pérez Vidal 1977), es decir, aquellas en las que la comida alcanza, en alguna de sus partes, una gran importancia y un carácter casi protagonista. Sin embargo, los usos alimenticios forman una parte destacable, característica e individualizadora de las distintas culturas humanas a lo largo del tiempo y el espacio y, por ello, puede constituir un aspecto importante incluso en obras literarias que no la tengan como centro.

Dado que el *Enrique* ha obtenido hasta ahora una atención relativamente escasa,² no resulta extraordinario que no haya sido analizado desde este punto de vista. Sin embargo, en esta novela caballerescas derivada, en última instancia, del cantar épico carolingio *Doon de La Roche*, la comida cobra un papel relativamente destacado y significativo en el conjunto argumental de la obra, como me dispongo a demostrar. En efecto, en este relato el acto de comer, o su opuesto, el ayunar, contribuye ampliamente al desarrollo y estructuración de la historia en repetidas

¹ El *Enrique fi de Oliva* es una de las obras citadas en el *Quijote*. Este trabajo se enmarca dentro del proyecto *Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época*, concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación, con referencia: FFI2009-11483. La autora pertenece al Instituto de Estudios Medievales de la Universidad de León.

² Destacan los estudios de Campbell (1984; 1988a; 1988b), Chicoy-Dabán (1980; 1981), Fradejas Lebrero (1981), Fradejas Rueda (1995; 2002; 2003), Gómez Redondo (1999), González (2007; 2008) y Hook (1988–1989). La reducida bibliografía resulta sorprendente en el caso de una obra que ha contado desde su primera impresión en 1498 hasta 1580 con diez ediciones (una de ellas de existencia dudosa) (Baranda 2002: 619) y ha gozado del favor continuado de los lectores desde su creación, como demuestran las alusiones en el *Libro de buen amor* (Fradejas Lebrero 1981: 311–13; Hook 1988–1989), en el *Poema de Alfonso XI*, en el *Cancionero de Baena*, por parte de Villasandino, o en el *Quijote* (I, XVI).

ocasiones, asumiendo un papel más amplio conforme avanza la obra. La comida, alternándose con el tema del hambre, llega a constituir un motivo repetitivo e insistente. Esto no puede atribuirse a la deuda con el *Doon de La Roche*, pues según Chicoy-Dabán (1981: 104), la parte de este cantar incluida en el *Enrique* es relativamente pequeña y la obra castellana no es una traducción, conclusión a la que llega también Fradejas Rueda (2003: 29), quien considera que la *Historia de Enrique, fi de Oliva* es “una narración original castellana, de finales del siglo XIII o inicios del XIV”.

Los alimentos mencionados a lo largo de la obra son escasos y se limitan a muy pocos productos, procedentes, bien de los animales (carne, pescado, caza), bien de las viñas y huertas (vino, hierbas), a los que se añade el pan. No se menciona el trigo ni otros cereales, y cuando el narrador hace referencia a aquél lo denomina “pan sembrado”. Se alude, sin embargo, aunque una sola vez, al cereal que sirve de alimento para los caballos, la cebada (166).³ Los productos destacados por su nombre fuera del grupo indefinido de las “viandas” (14 ocurrencias), “el yantar”, los “manjares” y “comeres”, son los constitutivos del triángulo alimentario caballeresco (pan, vino, carnes) y del triángulo alimentario eremítico (pan, agua, “yervas”) (Guerreau-Jalabert 1992a: 36–38), a los cuales se añade únicamente el pescado y un pan en particular, típico de los pobres: las gallofas obtenidas por limosna.⁴ El vocablo “yervas” aparece con diferente valor: en el primer caso (115) se refiere a hierbas con propiedades farmacéuticas, mientras que después (141, 148) tiene el significado de vegetales que se crían de forma espontánea en el campo sin cultivar.

Por otra parte, en la obra tienen tanta presencia el hambre y la sed como la satisfacción de estas necesidades básicas, lo cual proporciona al relato a un tiempo estructura, mediante la alternancia de saciedad y hambre, y verosimilitud. El acto de comer se encuentra referido con diferentes términos, bien de carácter general (comer, yantar, tomar, beber), bien más específicos por su celebración en un momento concreto del día (yantár, comer, cenar), de forma que este tipo de alusiones a veces contribuyen a precisar la hora a la que se producen los acontecimientos (“Y avíanse assentado entretanto a comer, que ya era hora”,

³El número de ocurrencias se ha obtenido de la transcripción informatizada del texto de la edición de 1498 (Fradejas Rueda 2002, publicada en formato de libro en Fradejas Rueda 2003). Sin embargo, todas las citas al texto se hacen por la edición de Baranda (1995: 113–77), basada en la de Sevilla, Cromberger, 1525. Aunque la edición de Fradejas Rueda (2003: 66–177) es una edición crítica, se basa en el incunable de 1498 y, de acuerdo con su propio *stemma* (58), éste no influye en la tradición textual posterior de la obra, por lo que la versión conocida por la gran parte de los lectores del siglo XVI corresponde a la de la rama representada por la edición de 1525 y las posteriores.

⁴*Enrique*, edición de Fradejas Rueda (2003: 94, n.115): “comida que se daba a los pobres que pedían limosna”; ‘gallofas e bodigos lieva y condesados’, *LBA*, 1206c.

160).⁵ Su contrario, el ayunar, está presente en el texto bajo la forma “en ayunas”. Las sensaciones corporales relacionadas con la comida son escasas y tienen mayor relación con la ausencia de alimento, como estar hambriento (148, 168), morir de hambre (141, 142) o “venir muerta de sed” (115), que con el alimento en sí. El verbo “saber” aparece en una sola ocasión y lo que en ese caso se saborea es la venganza. Las formas de cocinar no se especifican en ningún caso, aunque se alude a la existencia de diversidad en este campo: “muchas viandas de diversos comeres y de diversas maneras” (115). En cuanto a los objetos que suelen acompañar la ingestión de comida, el único mencionado es la mesa, y ello para indicar la acción de comer, o bien su inicio, o su conclusión, con las expresiones “estar sentado a la mesa” (116), “poner las mesas” (127) o “alzar las mesas” (160).⁶

Es decir, el vocabulario empleado nos remite, bien al acto de comer, o a su negación, y a una lista muy breve de alimentos, algunos mencionados sólo una vez (carnes, pescados, cazas, 115) y otros reiterados en distintos pasajes de la obra: vino (8 ocurrencias), agua (11 ocurrencias), pan (14 ocurrencias), hierbas (4 ocurrencias). Estos últimos son los consumidos por Oliva y Enrique, mientras los restantes se mencionan entre los preparados por Tomillas para sus invitados. El autor ha querido otorgar a estos alimentos una función especial dentro de su obra, pues se ha servido de ellos para estructurar la misma en una sucesión de episodios que alternan la comida y el ayuno, el vino y el agua, el pan y la carencia de él.

Tras analizar la distribución de los vocablos relacionados con la alimentación a lo largo de la obra, puede apreciarse que el tema de la comida se encuentra concentrado en tres pasajes principalmente:

—El episodio de la traición del conde Tomillas contra la infanta doña Oliva, a la que engaña para que beba un vino alterado con hierbas (115–16).

—El episodio de la llegada a Constantinopla de Enrique y sus compañeros tras haber naufragado y haber sufrido cinco días de hambre (141–48).

—El conjunto de episodios que comprenden desde la visita de Enrique al conde Tomillas, que le invita a comer, y a sus padres cercados, que carecen de alimentos, seguido de la liberación del castillo de la Rocha, hasta la entrega de comida a los hambrientos duques (159–69).

⁵Sobre los horarios de las comidas, véanse Henisch (1976: 16–27) y, ya en el contexto peninsular, Serrano Larráyo (2002: 257–62). En el Hostal de Carlos III el Noble de Navarra a principios del siglo XV se hacían dos comidas principales: el “iantar” y la cena. El primero se realiza alrededor del mediodía, mientras la última suele hacerse al anochecer, o incluso más tarde, pues se contaba con la luz de velas y candelas. En las comidas a medio día, la carne, acompañada de pan y vino, era la vianda más importante.

⁶Compárese con los datos comentados por Cuesta Torre (2010a; 2010c) en sus artículos sobre la comida en el *Zifar* y en la materia artúrica castellana.

El primero de estos episodios desarrolla el tema de la comida como trampa, y se articula en torno al vino, mientras el segundo y tercero se centran en el tema del hambre y se articulan en torno al pan (al que se añade el vino, en el último de ellos).⁷ De las cinco partes que distingue la edición de 1498 del *Enrique*, señaladas por el uso de títulos, los episodios mencionados se encuentran insertos en la primera, tercera y cuarta.

Fuera de estos, es posible destacar las menciones al elemento alimenticio en el episodio de las bodas del duque de la Rocha con la hija del conde Tomillas (127), en la acogida al conde Jufre y Enrique por parte del marqués de Monferrat, que les invita a comer y finalmente provee de viandas la nave que llevará al protagonista a Tierra Santa (130–32) y en las celebraciones finales que incluyen la demostración de la inocencia de Oliva y su venganza (172–76). En estos episodios el ofrecimiento y la provisión de alimentos cumple la función de mostrar la hospitalidad nobiliaria, de una parte, y, de otra, la de servir de marco a la sociabilidad, constituyendo la degustación de los alimentos una actividad previa a la conversación, especialmente a aquella que incluye asuntos difíciles de tratar o que implica haber logrado cierto grado de confianza entre los interlocutores, condición necesaria para la transmisión de la confidencialidad de un secreto, hasta el punto de que compartir comida y bebida es considerado en las fuentes judiciales francesas de los siglos XIV y XV indicio suficiente para considerar a dos personas “compañeros” (Gauvard 1992: 327).

Destaca igualmente la comparación laudatoria de Enrique con el mejor hombre que come pan (155), hipérbole que se basa en la concepción del consumo de este alimento como condición imprescindible para la vida humana, y el uso curativo del vino caliente (128), recogido también en la literatura artúrica castellana (Cuesta Torre 2010a).

La comida como recurso para la traición

El primero de los tres episodios que he mencionado está articulado en cuatro partes, que se adaptan a tres secuencias temporales: la invitación del conde Tomillas, el ofrecimiento del vino a la infanta, la preparación de la falsa escena de adulterio y la revelación de la supuesta infidelidad al duque. Sólo una de ellas, la tercera, es ajena por completo al tema de la comida, aunque, en la cuarta, la mención a la comida de los caballeros constituye meramente un modo de plantear una escena más verosímil. En las cuatro partes Tomillas es el personaje agente, el

⁷De la importancia del vino en la literatura española medieval dan buena fe, por ejemplo, los diferentes artículos recogidos en *Actas* (1990). El pan y el vino son los alimentos más generalmente mencionados en la literatura española medieval, reflejando por una parte los hábitos alimenticios de la época y recogiendo un tópico bíblico y culto por otra (Orduna: 23).

que produce la acción, mientras los demás se limitan a reaccionar a lo que éste dice o hace. Tomillas resulta caracterizado por este medio como manipulador, rasgo que ya se había mencionado al comienzo del relato, cuando el narrador lo presenta como consejero del rey. Su intervención parece la de un titiritero que hace que sus muñecos se muevan a su voluntad:

Sacó este traidor a habla al duque y díxole que por Coloña su condado era el camino para ir a su tierra quando se quisiesse ir, y rogóle que él y la infanta su muger que fuessen sus huéspedes y que estaría aí quanto quisiesse para descansar, y los ternía aí viciosos de carnes, y de pescados, y de caças y de todas las otras cosas con que podía tomar plazer. Y el duque óvoselo de otorgar. (114–15)

La traición del conde Tomillas se desenvuelve desde el principio en torno al tema de la comida. La promesa de la variedad y abundancia de su mesa, repleta de “carnes, y de pescados, y de caças y de todas las otras cosas con que podía tomar plazer” constituye el anzuelo de que se vale para convencer a los duques de que se conviertan en sus huéspedes y tener ocasión de enredarlos en su engaño. Así, en este episodio, la comida aparece ya al comienzo convertida en cebo para una trampa. El vicio que se promete a los huéspedes está definido por la abundancia, y, sobre todo por la variedad en los tipos de alimentos, lo que permite introducir como un grupo aparte los platos elaborados con los animales cazados, no incluidos en el grupo de “carnes”. Aunque en los textos franceses “venison” se refiere por lo general a la carne procedente de animales que corren (ciervos, gamos, jabalíes), mientras que suele reservarse el término “oisiaux” tanto para las aves de corral como para las de caza (Guerreau-Jalabert 1992a: 36), en el texto castellano podría incluir todo género de caza, pues era habitual que la nobleza dispusiera en su mesa tanto de caza mayor y menor como de volatería, siendo esta última muy apreciada (Serrano Larráyo 2002: 199). De esa forma Tomillas estaría presentando la riqueza de su mesa mediante la mención de viandas constituidas por animales de tierra, agua y aire, con lo que abarcaría todo el reino animal. Tomillas abunda en la idea de incorporar a su mesa todos los alimentos deseables, pues estará provista “de todas las otras cosas con que podía tomar plazer”. El traidor únicamente selecciona como cebo para atraer a sus presas la comida y el descanso, excluyendo la mención de otro tipo de elementos festivos que podrían ser esperables (oportunidades de caza, torneos, justas u otras celebraciones caballerescas, especialmente habituales en bodas o en viajes de reyes o infantes). Por otra parte, la alusión a la caza sugiere la imagen de Tomillas como cazador, y se intuye que se dispone a realizar otra cacería muy distinta.

En cuanto a los alimentos mencionados, la carne forma parte del “triangle alimentaire chevaleresque” (Guerreau-Jalabert 1992a: 36) formado por el pan, el vino y la carne, base de la alimentación que recomienda a su hijo don Juan Manuel

(154) y régimen similar al prescrito por Eiximenis (García Marsilla 1993: 77). La ausencia del pan no parece significativa, por ser un alimento común a todos los grupos sociales, aunque variando su calidad.⁸ El vino, al que no se alude aquí, aparecerá después en el relato y estará presente entre los productos que Tomillas ofrezca a la infanta. Destaca, sin embargo, la carne, ya que llega a especificarse la presencia de dos tipos diferentes en el menú. Puede llamar la atención la referencia al pescado, pero este alimento aparece en los textos artúricos franceses acompañando sistemáticamente a la carne y asociado al régimen caballeresco, mientras se encuentra ausente del menú de los ermitaños (Guerreau-Jalabert 1992a: 40). El pescado carece en el *Enrique*, como en los textos artúricos, de cualquier contenido simbólico penitencial o cuaresmal. La propuesta culinaria de Tomillas está destinada a destacar el plato principal de los banquetes de la nobleza medieval y aquel que lo caracteriza en mayor medida.

... y mandó que entre tanto que toviessen los suyos bien aparejado de comer y muchas viandas de diversos comeres y de diversas maneras, porque en todas las cosas que pudiessen fazer plazer al duque lo fiziessen; y esto era en el mes de junio por la fiesta de Sant Juan, quando faze grandes calores. Y quando entraron el duque y la infanta en los nobles palacios del traidor, que los tenía muy ricamente cubiertos con paños de seda y de oro con muy ricos estrados, llevó a la infanta por la mano al palacio apartadamente, diziendo que a ella y a sus donzellas que allí las servirían cumplidamente de quanto oviessen menester. Y la infanta, desde que fue assentada en el estrado, demandó del agua para beber diziendo que venía muy muerta de sed por la gran calura que fazía. Y quando esto oyó Tomillas, plúgole de voluntad y dixo:

—Señora, no os darán del agua porque vos fará mal, mas daros han de muy buen vino que sacarán y templarlo han con el agua.

Y esto dezía el traidor de Tomillas porque tenía el vino aparejado con yervas para el mal que quería fazer, del qual vino hinchió un vaso con agua y diólo a beber. Luego que la infanta lo ovo bevido, salió de su acuerdo y díxolo luego a Tomillas, que le parecía que el vino le avía fecho gran mal. Y él dixo entonces:

—Señora, puede ser porque bevistes en ayunas y vos fizo algún destemplamiento. Mas echadvos en aquella cama que está allí muy bien

⁸La reina María de Luna adquiere dos calidades distintas de pan, dirigida una a los señores y a los altos cargos cortesanos y la otra, inferior, a la servidumbre. La ración por persona y día probablemente sobrepasaría el medio kilo (García Marsilla 1993: 200). También se adquirirían distintas calidades de vino (201). Eiximenis, en el *Terç del Crestià*, cap. 328, se esforzó en demostrar la existencia de unas barreras infranqueables que separaban la alimentación de la clase dominante, compuesta por pan blanco, carne de reses jóvenes, volatería y frutas, abundantes especias y vinos aromáticos, de la de los pobres, a base de pan negro, legumbres, ajos, queso y, esporádicamente, algo de pescado o carne de animal viejo, junto a vino de la tierra (García Marsilla 1993: 77).

aparejada y salgan del palacio las dueñas y donzellas porque no vos fagan algún roído. Y quando durmierdes algún espacio, darvos han de yantar.

(115–16)

Los preparativos que realiza Tomillas en previsión de la llegada de los duques permiten al narrador insistir de nuevo en la abundancia y la diversidad de las comidas, diversidad que, ahora se remarca, está conseguida no sólo por la variedad en los manjares, a la que ya se había hecho alusión, sino también por la variedad en la preparación.

A la llegada de los duques, la primera acción de Tomillas consiste en separar al duque de la Rocha de su esposa, de nuevo con el pretexto de la comida, aprovechando la costumbre de que las mujeres no se sentaran a la mesa del banquete masculino y comieran en un lugar retirado (“apartadamente”).⁹ A la duquesa y a sus doncellas les manifiesta que las servirán abundantemente de todo lo que necesiten.¹⁰ Aunque esta oferta comprende el auxilio en todo tipo de necesidades, queda muy claro en el texto que tanto Tomillas como sus huéspedes interpretan sus palabras como oferta de comida, pues la infanta la aprovecha inmediatamente para pedir agua, explicando que tiene mucha sed a causa del calor. El narrador ya había justificado previamente la petición de bebida al situar el relato en junio “por la fiesta de San Juan, quando faze grandes calores”. Puesto que el agua no es una bebida recomendable en la Edad Media, debido a su escasa salubridad, sólo los pobres o los eremitas recurrían a ella (Adamson 2004: 48; Serrano Larráyo 2002: 244). En la literatura artúrica castellana se encuentran ejemplos de enfermedad producida por beber agua (Cuesta Torre 2010c). Tomillas puede negarse a satisfacer el deseo de Oliva (“vos fará mal”) sin ser descortés. El autor incluso precisa proporcionar razones para esa petición: el calor y el carácter abrasador de la sed van a hacer necesario que la infanta beba mucha cantidad de líquido. De esta manera resalta la prudencia, virtud y austeridad de la protagonista. Tomillas aprovecha la ocasión que se le presenta (“plúgole de voluntad”) y ofrece a su invitada vino aguado, lo cual no reviste de ningún modo un carácter

⁹Contreras Martín (1995: 724) comenta la separación de los comensales por sexo en el *Curial e Güelfa*. Serrano Larráyo (2002: 286) señala que no es rara la separación física entre sexos, lo que obligaba a disponer distintas estancias para hombres y para mujeres, y lo ejemplifica con la cena del día de la Asunción de 1406, a la que el rey Carlos III el Noble de Navarra convida a la reina y a las infantas, con sus dueñas y doncellas, a pesar de lo cual las mujeres tienen su propia mesa aparte.

¹⁰“Cuanto más rica es una persona más debe gastar en comida, con la única finalidad de demostrar el rango social de que goza [...]. Así, en las cuentas de la reina [María de Luna] los gastos en alimentos—sin contar los de las caballerías—ascienden al 64, 83 del total” (García Marsilla 1993: 195).

excepcional, pues era la bebida habitual en la época.¹¹ De ahí que no resulte extraño que la infanta acepte el vaso. El narrador sugiere indirectamente que bebe una buena cantidad, pues el conde le entrega el vaso lleno (“hinchió un vaso”).

Un buen vaso de vino, aunque desleído con agua, y la deshidratación producida por el calor, unidos a la falta de alimento sólido, justificarían suficientemente que la infanta cayese en el sopor, pero Tomillas todavía se asegura más, puesto que envenena el vino con hierbas cuya función no se describe con antelación, pero que producen sueño. No contento con esto, Tomillas facilita que su invitada se duerma proporcionándole una cama, soledad y silencio. Bajo la apariencia de un acto cortés y amable consigue, sin embargo, su principal propósito: que la infanta permanezca sola, sin testigos, algo poco habitual en las cortes de la época. El autor tiene buen cuidado de informar al lector, a través de las palabras de Tomillas, de que la infanta ha bebido en ayunas, lo que sin duda acentúa el efecto del vino soporífero. El yantar, que pudiera haber atenuado su acción, ha sido diferido y se promete para después de la siesta.

A través de este pasaje se ha elaborado el escenario y las circunstancias que posibilitarán la traición que se va a producir inmediatamente después (Cuesta Torre 2010b). El autor ha buscado justificación lógica y motivación para todos los actos que se han producido. El viaje de los duques había de pasar necesariamente por Coloña; Tomillas se ha asegurado de que se detengan en su palacio ofreciendo descanso y preparando viandas apetecibles, abundantes y variadas; la fecha garantizaba el calor y la sed. También se acumulan las justificaciones para el sueño avasallador de la infanta: bebe vino en lugar de agua, el vino contiene hierbas, doña Oliva está en ayunas, se le ofrece cama, soledad y silencio.

El autor ha preparado con cuidado todas aquellas circunstancias que van a hacer posible la trampa de Tomillas y que posibilitan la verosimilitud del suceso posterior sin recurrir a ningún elemento mágico. Cuando después Tomillas utiliza una carta llena de conjuros para mantener a la infanta dormida, el lector puede

¹¹Izquierdo (2002) calcula que el vino podría suponer el 16,4 de la dieta alimenticia en Toledo en el siglo XV, y que en Burgos sería el 28% (111), y cree que debió de ser uno de los productos de mayor consumo, tanto a nivel público como privado (94). García Marsilla (1993: 196–97) estima el gasto doméstico en vino de la reina María de Luna en 1403 en un 8,06%, y el del duque de Gandía Alfonso el Viejo en 1411 en un 14,02%. Don Juan Manuel (I: 154–55) recomienda a su hijo que beba el vino muy aguado, “a lo menos que sea la meataad de bino et la meataad de agua; et que al comer, bevades lo que entendiéredes que vos cumple; et si non al comer, non bevades vino en ninguna manera, si non agua”. Los médicos medievales aconsejaban beber el vino mezclado con agua y lo consideraban la bebida ideal para los convalecientes, las mujeres embarazadas o lactantes y los ancianos, según Adamson (2004: 50–51).

sorprenderse de la gratuidad de este acto,¹² cuya única función en este punto del relato, excluida la de hacer dormir a doña Oliva, que ya lo está, es caracterizar al traidor como practicante de magia negra y como un ser diabólico. Igualmente ocurre con el anillo que empleará para someter al escudero a su voluntad, pues parece dispuesto a obedecerle con la promesa de ser armado caballero. Sin embargo, el uso de la carta alcanza su justificación desde el punto de vista narrativo, aunque no desde la lógica de la actuación de Tomillas, al proporcionar la garantía de la inocencia de Oliva ante el lector, pues sirve para dormir al escudero en el acto, sin que pueda haber duda de que éste, acostado desnudo al lado de la protagonista, haya podido manchar su virtud.

El tema de la comida, sin embargo, se extiende un poco más, pues abarca no sólo la escena protagonizada por Oliva, sino también la que se desarrollará paralelamente en torno a su esposo.

Y cerró la puerta del palacio y fuesse para el duque de la Rocha, que estava assentado aún a la mesa, y condes y cavalleros de la Rocha muy honrados que allí comían. E assí como el conde Tomillas entró en el palacio, el duque dixo:

—Conde, tiempo es ya que comáis, ca mucho avéis trabajado.

—... Sabed que quando aquí llegastes vos y la infanta, ella fue a entrar en un palacio que estava ricamente ataviado para do holgasse y comiesse con sus dueñas y donzellas. E la infanta dixo que se sentía enojada del camino y que quería folgar un poco ante que pusiessen las mesas, y fuesse a echar en una cama que estava en aquel palacio. Y está muy abraçada con un hombre faziéndovos gran desonra. (116)

En efecto, mientras la infanta bebe el vino herbolado y se duerme inocentemente, el duque se encuentra sentado a la mesa, comiendo en compañía de condes y caballeros de su propia casa. Cuando llega Tomillas, le invita a acompañarle en la comida, pero éste rechaza la invitación y le revela la supuesta infidelidad de su esposa, describiendo capciosamente lo sucedido al dejar entrever que la infanta había preferido acostarse antes de comer (“que quería folgar un poco ante que pusiessen las mesas”), con lo que el cansancio de Oliva parece una mera excusa para quedarse a solas y poder disfrutar del sexo con un personaje despreciable, añadiendo a la deshonor del adulterio la humillación social del esposo, preterido a favor de un arlote, y de ella misma, que se rebaja a la categoría de su amante.¹³ La separación física actual y la ruptura matrimonial futura se

¹²Para Smyser (1941: 78), el empleo del anillo y de la carta en el cantar francés y en la obra castellana es insatisfactorio porque estos objetos “encumber the story and half usurp the rôle of the ‘specially prepared’ wine”. En la versión noruega el traidor no usa estos objetos y se vale únicamente del somnífero.

¹³De esta forma Oliva se convierte en una infanta injustamente acusada. Aunque el Enrique no es objeto de análisis en el artículo de Domínguez (1998), muchas de las

manifiestan mediante la opuesta actitud de los dos esposos: el duque come; la duquesa prefiere no comer. Incluso la ingestión de vino por Oliva podría haber dado verosimilitud a la acusación de Tomillas, aspecto que no aprovecha el autor, a pesar de que “la correlación que existe entre vino y lujuria es claramente señalada en las crónicas [...]. Esta bebida no sólo tiene consecuencias idénticas a las de la lujuria, sino que también está en el origen de ella” (Castro 1996: 134–35), opinión compartida por Juan Ruiz, que en el contemporáneo *Libro de buen amor* (estr. 528–49) incluye el cuento del desenfreno lujurioso del ermitaño que consume vino y los consejos de don Amor contra el exceso de vino (estr. 137–42).

La mala intención del conde hacia sus huéspedes queda patente a través de la ausencia de comida compartida con ellos. El autor deja ver claramente que el duque no ha compartido ni mesa ni comida con su anfitrión, es decir, se resalta que la hospitalidad de éste ha sido falsa, pues compartir el alimento se considera una forma de asegurar la buena voluntad entre los comensales. El envenenamiento es uno de los peores crímenes en las fuentes judiciales francesas medievales, pues se considera que el criminal se ha aprovechado de manera vergonzosa de la confianza de su víctima, proponiéndole los más delicados manjares. Si el envenenamiento se ha producido durante una comida compartida por ambos, entonces es inevitable que se compare al envenenador con Judas y se le considere un traidor (Gauvard 1992: 327). El simbolismo del acto de comer juntos tiene un carácter antropológico y es común a muchas culturas, pues deriva, en última instancia, de la demostración que hace el anfitrión a su invitado de que su comida no contiene veneno. En la sociedad medieval la comida compartida constituye un acto de hermandad y así se acentúa en la celebración de comidas gremiales (Leguay 1992; Casado Alonso 1992) o en las comidas comunales de los monasterios (Martín 2002: 36, 39–40).

Este episodio inicial de traición tiene su contrapartida al final de la obra en la imitación del suceso organizada por Enrique como demostración de la inocencia de Oliva, cuando duerme al duque valiéndose de la carta encantada y acuesta con él a una fea lavandera. En este segundo episodio se duplican los elementos del primero y la siesta que permite el engaño está, como en aquél, precedida de un viaje y una abundante comida.

conclusiones que allí se aplican al estudio del tema de las reinas falsamente acusadas en *El cavallero del Çisne*, *Otas de Roma*, *Una santa Enperatris* y *Carlos Maines* son extrapolables a este texto. Al igual que en las obras citadas, el antihéroe ha actuado como “difusor de una falsa relación ilícita, que puede implicar el fin del matrimonio. [...] Al *lausengier* le corresponde como colaborador metafórico el *gilós*, el marido ingenuo que aceptará la falsa acusación, desamparando a su esposa y dejando su defensa en las manos de un campeón o del propio Dios” (180).

Y en esto gastaron tiempo fasta que fue hora de comer y comieron mucho de su espacio. Y después de comer echóse a dormir el duque su padre y el emperador, que tenía la carta y la sortija con que doña Oliva fue engañada. (172)

En conjunto, el papel de los alimentos en el episodio inicial y desencadenante de la acción está destinado a presentar el banquete nobiliario como una trampa o, al menos, un homenaje engañoso. La celebración de la comida es utilizada reiteradamente a lo largo de la obra como fase introductoria a la confidencialidad y la confianza entre quien la ofrece y quien la recibe. Tomillas se vale precisamente de esto para engañar respecto a sus intenciones, a la vez que usa el vino adulterado para envenenar a la infanta. La mezcla del vino, alimento noble, con las hierbas, permite la substitución de las propiedades benéficas del vino por otras maléficas, y prefigura la mezcla posterior de la noble infanta con el arlote,¹⁴ que, a pesar de darse únicamente en apariencia, contamina la honra de la infanta al igual que las hierbas han envenenado el vino.¹⁵

El hambre y el pan

El tema del hambre se desarrolla, como se ha dicho, en el episodio de la llegada de Enrique y sus compañeros naufragos a Constantinopla y en la visita que Enrique hace a sus padres, cercados en su propio castillo. En ambos casos el pan cobra un protagonismo que hace de él un alimento simbólico, aunque con distinto significado.

En el primero de estos dos episodios, el hambre, resultado de la falta de alimento conveniente, domina a los personajes. Su existencia se ha sustentado durante cinco días, a pesar de pertenecer al grupo caballeresco, con agua y “yervas”, régimen típico de los eremitas y símbolo de penitencia. Símbolo de penitencia es igualmente la acción que emprenden los caballeros por orden de

¹⁴En la *Siesta de abril con los denuestos del agua y el vino* se produce también una mezcla de agua y vino (vv. 148–62), que, para Impey (1979–1980: 21–24), simboliza la mezcla del amor puro con el amor sexual. La inclusión del personaje del arlote es uno de los rasgos de la obra castellana que la alejan del cantar francés y la aproximan a las versiones septentrionales de la historia (véase el *stemma* textual que refleja la difusión de la leyenda de *Doon* por Europa ofrecida por Fradejas Rueda 2003: 30), en las que su equivalente es un pobre negro al que el traidor ofrece oro y da a beber la misma bebida emponzoñada que a la infanta.

¹⁵Castro (1996: 136) señala que el vino y la carne presentaban “una serie de significados paralelos: el vino es bueno porque causaba fortaleza física y moral, y es malo porque producía debilidad física y moral. Era positivo consumirlo porque daba fuerza, pero era negativo porque inducía a la violencia. Es elogiado por su significado religioso, y, al mismo tiempo, es despreciable porque incita al pecado. Beberlo produce salud o enfermedad, según los casos. Por último, el vino es símbolo de espiritualidad y salvación pero, también, de materialidad y perdición”.

Enrique: “demandar alguna vianda por amor de Dios” (141). Es preciso recordar que el término francés “viande” hace referencia a la carne, tanto de animales terrestres como de aves, aunque en castellano “vianda” conserva su sentido etimológico de “víveres”, recogido ya por Covarrubias (1943: s.v.). Si se tradujera aquí una fuente francesa (lo que no sucede en esta parte, que es original del texto castellano), quizá el vocablo conservara aquí el significado que tiene en francés, con lo cual los caballeros saldrían a pedir el alimento más característico a su clase tras haberse alimentado durante cinco días como los eremitas o, incluso, como los animales, puesto que las “yervas” y el agua que ingieren son las que hallan por el campo. La carne obtenida como donativo les restauraría simbólicamente en su identidad de caballeros. Pero “vianda” tiene el sentido general que presenta en castellano, como indica, de una parte, el hecho de que los mendigos regresen con pan, en concreto con gallofas, y, de otra, las posteriores afirmaciones de Enrique respecto a que había enviado a sus compañeros a buscar pan (144–45), y, por tanto, esta limosna les restaura en su identidad humana a través del consumo de un alimento elaborado, e incluso, tras su “renacimiento” y “bautismo” simbolizados respectivamente por su supervivencia en el naufragio y por su inmersión en las aguas, en su identidad cristiana a través del significado eucarístico del pan y, aún más, del pan compartido.¹⁶ El renacimiento del protagonista a una nueva vida se refleja en el texto no sólo mediante su animalización en cuanto a los productos ingeridos y su indefensión al carecer de armas, sino también a través de su desnudez,¹⁷ pues “las ondas echáronlos fuera en calças y en camisa” (141). El simbolismo de la nueva vida requiere que Enrique entre en ella careciendo de todo lo que poseía en su existencia anterior: ropa, dinero, nombre, fama.

El simbolismo del pan abunda en todo este pasaje de la obra, en el que la mención a este alimento adopta las características de un estribillo, tanto en la súplica de Enrique a Mergelina para que se lo entregue, prefiriéndolo al oro, como en su pretensión de explicar al senescal enviado por la infanta su interés en esperar a sus compañeros, a los que envió a buscar pan.

La dignidad de Enrique se mantiene a salvo en todo momento, pues son sus compañeros, no él, quienes piden limosna. La intención del autor es mostrar la

¹⁶“El pan terreno se convierte, pues, en la manifestación de la presencia de Cristo en la tierra. Así, cuando se comparte el pan con otras personas se asiste a la reproducción de la comida eucarística y al establecimiento de una alianza, de unas relaciones personales de concordia y amistad” (Castro 1996: 121). “Il pane, immagine quotidiana del miracolo eucaristico, si apresta ad essere caricato di un forte simbolismo [...]. L’identificazione fra pane terreno e pane celeste, fra cibo del corpo e cibo dell’anima, si spinge fino ad immaginare una materializzazione di quest’ultimo” (Montanari 1988: 26–27).

¹⁷La desnudez tiene una importante presencia en varios episodios de esta novela caballeresca breve, y llega a alcanzar un significado simbólico, como ha revelado González (2008).

superioridad de Enrique, primero sobre sus acompañantes y después sobre el mismo senescal, el cual se ve obligado a darle su manto y permitirle cabalgar el primero en su palafrén, condiciones del protagonista para acompañarle al palacio (en un simbolismo paralelo al de la corona demandada por Apolonio para tocar, de forma que no se le confunda con un juglar).¹⁸

La infanta Mergelina adopta el papel de donante, que se expresa a través primero de su limosna, después de la invitación a palacio y finalmente de la provisión de comida, ropa y descanso para los tres naufragos.¹⁹ Las aventuras orientales de Enrique constituyen la sección de la obra con menor conexión con el cantar de *Doon de La Roche* francés, que las desarrolla en menor medida, y con las versiones nórdicas (en noruego e islandés antiguo y en feroese) de la leyenda, procedentes de una versión medieval perdida, la cual se remota, como las románicas francesa y castellana, a un original francés que tampoco se conserva (Fradejas Rueda 2003: 30–38). Sin embargo, la versión en noruego antiguo, aunque carece de la parte dedicada a las aventuras del héroe en oriente, recoge el tema del hambre de Enrique y el personaje con función de donante, si bien en circunstancias muy distintas. En ella el protagonista es presa del hambre cuando, después de haber sido criado con su hermanastro Malalandres, se pelea con él y lo hiere, viéndose obligado a abandonar el hogar en el que vive para no atraer el castigo sobre su madre adoptiva. Su hambre resulta saciada cuando encuentra a cuatro enanos comiendo y bebiendo de un caldero mágico y con un mantel mágico, de los cuales se apodera. La versión feroese presenta otra variante que elimina el tema del hambre, pero conserva a los enanos poseedores de objetos mágicos, aunque éstos no tienen relación con la comida, pues se trata de ropas mágicas (Fradejas Rueda 2003: 35). En la versión noruega no existe ningún simbolismo penitencial o cristiano para el hambre de Enrique. En la obra castellana, la donación, ya sea obra de los desconocidos que entregan las gallofas a los compañeros de Enrique, o bien obra de Mergelina, también se aviene con un significado cristiano, pues en cualquiera de los dos casos es fruto de la caridad y es entregada libremente. En cambio, en la versión noruega no hay donativo voluntario, sino rapiña, y el carácter mágico de los objetos, así como de sus poseedores, los relaciona con creencias ajenas al cristianismo.

El hambre sufrida y la vergüenza pasada al mendigar, por su parte, se convierten en el motivo capaz de hacer revelar al conde Jufre la verdadera

¹⁸*Libro de Apolonio*, v. 185c. Comentan el verso en el sentido indicado Devoto (1972: 220) y Alvar (1981: 81).

¹⁹El episodio tiene marcadas semejanzas, señaladas por Fradejas Lebrero (1981: 328–30), con otro del *Decamerón* (II, 2), que, teniendo en cuenta la datación anterior del *Enrique*, la cual es preciso establecer en los últimos años del siglo XIII o el primer tercio del siglo XIV, no pudo influir en él.

identidad de Enrique, que aquél se obstina todavía en encubrir al emperador y a Mergelina. Enrique debe asumir de nuevo su identidad como hijo del duque y sobrino del rey de Francia, puesto que su renacimiento, provocado por Dios (“esto bien parece que son tormentos de Dios”, dice el conde Jufre, 141), así lo requiere. El nuevo Enrique ha sido purificado por su renacimiento simbólico y su penitencia. De ahí que se duplique la estructura del relato de la primera revelación de la identidad de Enrique a su llegada a la corte del marqués de Monferrat: acogida por un benefactor (marqués/infanta), sospecha de identidad oculta, banquete, preguntas a Jufre y Enrique sobre la identidad del segundo, viaje por mar (a Tierra Santa/a Constantinopla), guerra contra los musulmanes, salvación de un territorio para la cristiandad. En la revelación de la identidad de Enrique al marqués, sin embargo, se requería la intervención divina, a través de un ángel. En el episodio dúplice, Jufre se enfrenta a su protegido para contar la verdad y el viaje por mar precede al encuentro con el benefactor, no lo concluye. En el primer caso la provisión de comida por parte del marqués no surte el efecto esperado de ganar la confianza de sus huéspedes para que revelen su secreto; en el segundo caso, es el miedo al hambre y la vergüenza de la mendicidad lo que sirve de acicate a Jufre para hablar.

El hambre sufrida por Enrique y sus compañeros prefigura la que sufrirán sus padres, de forma que los tres miembros de la familia protagonista afrontan, con anterioridad a su enaltecimiento social, un periodo de penitencia que se caracteriza, de forma similar a como ocurre en la literatura hagiográfica con la vida eremítica, por la ausencia o humildad del vestido (“gran tiempo ha que estamos cercados y todos sus vestidos son rotos y está mal vestida”, le dice a Enrique su padre para excusar la entrevista de este con doña Oliva, 163), y el ayuno. En el caso de los duques su régimen está compuesto de pan y vino, alimentos propios de la mesa nobiliaria, aunque en tan pequeña cantidad que la comida se hace imposible. El vino ofrecido por Tomillas, ingerido por Oliva estando apartada de su marido, la condujo a la deshonor. La separación a la hora de comer de los esposos supuso anteriormente la ruptura de su matrimonio. La renovación de la unión matrimonial se manifiesta aquí no sólo por la unión física de los esposos, sino porque ambos, como una sola carne, comen y beben juntos y a la vez. Ahora la infanta y el duque renuncian a beber el poco vino del que disponen por generosidad hacia el otro, hasta el momento en que el reparto del mismo, junto con el del pan, realizado por Enrique, lo sacraliza en una ceremonia que recuerda la Eucaristía o, en mayor medida, la cena de Emaús.

Si mi fijo Enrique viene tan aína, mas ¿qué vale para mí?, que bien creo que de aquí a mañana seré muerta. Y quiérovos dezir nuestra cuita y nuestro mal: en este castillo no ay más de un pan y un vaso de vino y estamos en porfia, que el duque no quiere comerlo y yo no lo quiero tomar

—Por amor de las buenas nuevas que os dixere de Enrique vuestro hijo, tomad este pan y beved este vino que tenéis, por la compañía que tuve con vuestro hijo en las tierras do él andava, ca me acuerdo que en v días no comí tanto pan como esto. Y esforçadvos y sed seguros, que ante que otra hambre ayáis avréis acorro. —Y despidióse dellos y dixo—: Con vuestra gracia, que mucho necessario es partirme, porque tengo una penitencia que do yanto, no ceno y do ceno, no yanto. (164)

Efectivamente, cuando Enrique se va, su madre manifiesta haberle reconocido. El autor sugiere el recuerdo de este modo del tema evangélico del reconocimiento de Jesús por parte de los discípulos al partir el pan (Lucas 24, 30–32). La conexión entre Enrique y Cristo, insinuada por la doble aparición angélica en Monferrat (131) y en Jerusalén (137) y por el milagro de la Vera Cruz (137–38), se hace evidente.

Enrique, disfrazado de palmero, cuenta su entrevista con los duques puntualmente al conde Tomillas, reproduciéndose las mismas expresiones relativas a la partición del pan y el vino, de manera que la misma escena se narra dos veces: la primera por parte del narrador, que introduce el diálogo en estilo directo, y la segunda por Enrique.

El reparto del pan y el vino por Enrique sirve al propósito de hacer de él una imagen de Cristo. El rey como representante del poder de Dios es idea expresada con relativa frecuencia en los textos medievales y, viceversa, la imaginería religiosa presenta a Cristo como rey en el pantocrator. Enrique sale del mar como Cristo lo hace del Jordán, ayuna cinco días, redime a sus padres, y vence y expulsa a Tomillas, imagen del demonio. Tomillas introduce el desorden social y la injusticia en el mundo, Enrique restaura el orden, primero en la cristiandad, recuperando Jerusalén e impidiendo la conquista de Constantinopla por el almirante de Babilonia, y posteriormente en Francia, deshaciendo dos injusticias: las cometidas por Tomillas y las cometidas por su tío el rey de Francia, quien, apoyando a Tomillas, había tomado las tierras de la dote de doña Oliva.

Con anterioridad a su visita a los duques, Enrique ha sido recibido con su disfraz de peregrino por el mismo conde Tomillas, quien “mandóle assentar aparte, y de todos los manjares le fizo muy abastadamente comer” (160) como prelude a un interrogatorio sobre el mismo Enrique. Interesa advertir que, aunque en la Edad Media se apreciaba como una cortesía especial el compartir el mismo plato con quienes eran inferiores socialmente y se consideraba, no sólo un acto de generosidad, sino incluso un signo de gracia, imitar a Cristo compartiendo los restos de la mesa con los pobres (Henisch 1976: 191), la acción de Tomillas no se encuadra en el primer caso, puesto que el peregrino ni siquiera se sienta a la mesa con su anfitrión y, aunque sí recibe la comida, e incluso abundantemente, esta generosidad carece de toda intención caritativa, pues obedece al propósito de facilitar el interrogatorio posterior. Por otra parte, la sobremesa concluye con

graves insultos al invitado: el primero, de palabra, es involuntario, pues Tomillas desconoce la identidad del palmero cuando dice que Enrique “fijo es de una puta y de un arlote y no puede ser emperador” (161); el segundo, de obra, es intencionado, pues Tomillas golpea con el halda del manto la cara de su huésped. La ofensa verbal cumple también otra función: recordar al lector el origen de la situación actual de doña Oliva, al tiempo que se indica que la mancha sobre su honor permanece vigente. De este modo cualquier deuda de gratitud que Enrique pudiera haber adquirido con el convite queda completamente anulada. El voto de no cenar donde ha comido exime al peregrino de volver a aceptar otra invitación de Tomillas cuando regresa a verle después de su entrevista con el duque de la Rocha y doña Oliva. La penitencia de Enrique de no comer y cenar en el mismo lugar, referida por tres veces, se convierte, como ocurría con la mención al pan en el episodio de Constantinopla, en un estribillo o motivo recurrente.

Los episodios finales de la obra duplican los iniciales y el rey de Francia es testigo de la apariencia de desliz sexual por parte del duque de la Rocha. La venganza que doña Oliva ejecuta en el traidor Tomillas es comparada por el personaje con un yantar cuyo sabor es mejor que el que realmente comerá, es decir, la venganza se presenta como un alimento espiritual. Se cierra de este modo el círculo iniciado con la invitación de Tomillas a comer en sus palacios de Colofia, pues es en ese mismo escenario donde tiene lugar el ajusticiamiento del traidor (176).

Como se desprende de este análisis, el tema de la comida sirve a lo largo de la obra para ligar episodios alejados y, en apariencia, sin conexión. La mención a determinados alimentos sirve al lector de guía para establecer esas conexiones que podrían haberle resultado oscuras, reforzando la coherencia estructural de la obra. La abundancia de vino y la escasez de él se unen a la separación física de los esposos y a la unión espiritual de estos, respectivamente, en dos episodios opuestos, que comparten, sin embargo, la intención maligna de Tomillas hacia ellos, malignidad dirigida en el primer caso contra la honra de Oliva y el matrimonio del duque, que logra deshacer, y, en el segundo caso, contra las posesiones terrenales y la integridad física de los dos esposos. El hambre y el pan unen dos periodos penitenciales y purificadores: el de Enrique antes de su ascensión a la cumbre de la escala social y el de sus padres antes de la recuperación de los bienes y la honra de Oliva y del duque de la Rocha.

El olvidado encanto de *Enrique fi de Oliva*

Edición a cargo de
Cristina González